

El filósofo italiano Gianni Vattimo reflexiona sobre la posmodernidad:

# Posmoderno: ¿Una sociedad transparente?

(SEGUNDA DE TRES PARTES)

Ante todo: La imposibilidad de pensar la historia como un curso unitario, imposibilidad que, según la tesis aquí sostenida, da lugar al final de la modernidad, no surge sólo de la crisis del colonialismo y del imperialismo europeo sino que es también, y quizá en mayor medida, resultado del nacimiento de los medios de comunicación de masas. Estos medios -periódicos, radio, televisión, y en general todo aquello que hoy se denomina telemática- han sido determinantes para el venir a darse de la disolución de los puntos de vista centrales, de aquellos a los que un filósofo francés, Jean Francois Lyotard, llama los grandes relatos. Este efecto de los *mass media* parece ser exactamente contrario a la imagen que todavía se hacía de ellos un filósofo como Theodor Adorno. Sobre la base de su propia experiencia de vida en los Estados Unidos, durante la segunda guerra mundial, Adorno, en obras como *Dialéctica de la ilustración* (escrita en colaboración con Max Horkheimer) y *Mínima Moralía*, previa que la radio (y sólo más tarde la televisión) tendría el efecto de producir una homologación general de la sociedad, permitiendo y hasta favoreciendo, en virtud de una suerte de tendencia propia, demotivada e intrínseca, la formación de dictaduras y gobiernos totalitarios capaces de ejercer, como el "Gran Hermano" del 1984 de George Orwell, un control arterial sobre los ciudadanos, a través de la distribución de slogans, propaganda (tanto comercial como política) y visiones estereotipadas del mundo.

Sin embargo, lo que de hecho ha sucedido, a pesar de cualquier esfuerzo por parte de los monopolios y la grandes centrales capitalistas, es más bien al contrario, que la radio, la televisión y los periódicos se han convertido en componentes de una explosión y multiplicación generalizada de *Weltanschauungen*: de visiones del mundo.

En los Estados Unidos de los últimos decenios han tomado la palabra minorías de todo tipo, han salido a la palestra de la opinión pública culturas y sub-culturas de todas clases. Ciertamente se puede objetar que a esta toma de la palabra no ha correspondido ninguna auténtica emancipación política: el poder económico está aún en manos del gran capital. Pero el hecho es -no quiero aquí alargar demasiado la discusión sobre este campo- que la misma lógica del "mercado" de la información reclama una continua dilatación de este mercado mismo, exigiendo, consiguientemente, que "todo" se convierta, de alguna manera, en objeto de comunicación. Esta multiplicación vertiginosa de la comunicación, este "tomar la palabra" por parte de un creciente número de subculturas, constituye el efecto más evidente de los *mass media*, siendo a la vez, el hecho que determina (en interconexión con el fin del imperialismo europeo, o al menos con su transformación radical) el tránsito de nuestra sociedad a la posmodernidad. No sólo en comparación con otros universos culturales (el "tercer mundo" por ejemplo), sino visto también desde dentro, Occidente vive una situación explosiva, una pluralización que parece irrefrenable y que torna imposible concebir el mundo y la historia según puntos de vista unitarios.

La sociedad de los *mass media*, precisamente debido a estas razones, es todo lo contrario de una sociedad más ilustrada, más "instruida" (en el



Dibujos de la artista Harriette Frances representando sus alucinaciones bajo los efectos del LSD.

sentido de Lessing o del Hegel, y también en el de Cote o Marx); los *mass media*, que teóricamente harían posible una información "auténticamente" tiempo sobre todo lo que sucede en el mundo, podían parecer, en efecto, una especie de realización concreta del Espíritu Absoluto hegeliano, es decir, de la perfecta autoconciencia de toda la humanidad por simultaneidad de lo que acontece, la historia y la conciencia del hombre. Bien mirado, críticos de inspiración hegeliana y marxista como Adorno, razonan, en realidad, pensando desde este modelo y basan su pesimismo en el hecho de que éste no se realiza como podría (en el fondo por culpa del mercado), o se realiza de un modo perverso y caricaturesco (como en el mundo homogéneo, y puede que «feliz» también dominado por el «gran Hermano», a través de la manipulación de los deseos). Pero la liberación de las muchas culturas y las muchas *Weltanschauungen*, hecha posible por los *mass media*, ha desmentido, al contrario, el ideal mismo de una sociedad transparente: ¿qué sentido tendría la libertad de información, o incluso la mera existencia de más de un canal de radio y televisión, en un mundo en el que la norma fuera la reproducción exacta de la realidad, la perfecta objetividad y la total identificación del mapa con el territorio? De hecho, la intensificación de las posibilidades de información sobre la realidad en sus más diversos aspectos vuelve cada vez menos con-

cebible la idea misma de una realidad. Quizá se cumple en el mundo de los *mass media* una «profecía» de Nietzsche: el mundo verdadero, al final, se convierte en fábula. Si nos hacemos hoy una idea de la realidad, ésta, en nuestra condición de existencia tardo-moderna, no puede ser entendida como el dato objetivo que está por debajo, o más allá, de las imágenes que los *media* nos proporcionan. ¿Cómo y dónde podríamos acceder a una tal realidad «en sí». Realidad, para nosotros, es más bien el resultado del entrecruzarse, del «contaminarse» (en el sentido latino) de las múltiples imágenes. Interpretaciones y reconstrucciones que compiten entre sí, o que, de cualquier manera, sin coordinación «central» alguna, distribuyen los *media*.

La tesis que estoy intentando proponer es que en la sociedad de los *media*, en lugar de un ideal emancipador modelado sobre la autoconciencia desplegada sin resto, sobre el perfecto conocimiento de quien sabe como son-están las cosas (sea éste el Espíritu Absoluto de Hegel o el hombre que ya no es esclavo de la ideología tal como lo piensa Marx), se abre camino un ideal de emancipación a cuya base misma están, más bien, la oscilación, la pluralidad, y, en definitiva, la erosión del desgaste propio «principio de realidad». El hombre puede hoy, finalmente, hacerse cargo de que la perfecta libertad no es la de Spinoza, no es -como ha soñado siempre la metafísica- conocer la estructura necesaria de lo real y adecuarse a ella. La importancia que reviste la enseñanza filosófica de autores como Nietzsche y Heidegger se concentra toda en este punto: en el hecho de que nos brinda los instrumentos para captar el sentido emancipador del fin de la modernidad y de su concepto de historia. Nietzsche en efecto, ha mostrado que la imagen de una realidad ordenada racionalmente sobre la base de un fundamento (la imagen que la metafísica se ha hecho siempre del mundo) es sólo un mito «tranquilizador» propio de una humanidad todavía bárbara y primitiva: la metafísica es un modo violento aún de reaccionar ante una situación de peligro y de violencia, busca, efectivamente, hacerse dueña de la realidad por un «golpe de mano» que atrapa (o cree ilusionariamente haber atrapado) el principio primero del que todo depende (asegurándose, así ilusoriamente, el dominio de los acontecimientos). Heidegger continuando esta línea de Nietzsche, ha mostrado que pensar el ser como fundamento, y la realidad como sistema racional de causas y efectos, es sólo una manera de extender a todo el ser el modelo de la objetividad «científica» de la mentalidad que para poder dominar y organizar rigurosamente todas las cosas tiene que reducir las al nivel de meras presencias mensurables, manipulables y sustituibles, viniendo finalmente a reducir también al propio hombre, su interioridad y su historicidad, a este mismo nivel.

(Continuará)